

Ricardo Güiraldes

**CUENTOS DE MUERTE
Y
DE SANGRE**

SEGUIDOS DE AVENTURAS GROTESCAS Y
UNA TRILOGÍA CRISTIANA

STOCKCERO

ii Ricardo Güiraldes

Güiraldes, Ricardo

Cuentos de muerte y de sangre : seguidos de aventuras grotescas
y trilogía cristiana. -

1ª. ed.— Buenos Aires : Stock Cero, 2004.

180 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-07-2

1. Narrativa Argentina I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 17-03-04

Copyright © Stockcero 2004

1º edición: 2004

Stockcero

ISBN N° 987-1136-07-2

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Ricardo Güiraldes

**CUENTOS DE MUERTE
Y
DE SANGRE**

SEGUIDOS DE AVENTURAS GROTESCAS Y
UNA TRILOGÍA CRISTIANA

*Para Adelina del Carril:
Tres veces este libro ha caído de mis manos,
encontrando el sostén de las tuyas.
Sola, has opuesto fe a mis dudas.
Hoy que corre su destino, lo amparo en tu cariño.*

R. G.

vi Ricardo Güiraldes

Advertencia

*Son en realidad anécdotas oídas
y escritas por cariño a las cosas nuestras.
He intitulado "Cuentos",
no teniendo pretensión de exactitud histórica.
R. G.*

Indice

CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE

Facundo	-1
Don Juan Manuel	-5
Justo José	-9
El capitán Funes	-11
Venganza	-15
El Zurdo	-17
Puchero de soldado	-19
De mala bebida	-23
El remanso	-27
De un cuento conocido	-31
Trenzador	-35
Al rescoldo	-39

x Ricardo Güiraldes

El pozo -----	-47
Nocturno -----	-51
La deuda mutua -----	-55
Comasión -----	-59
La donna è mobile -----	-63
La estancia vieja -----	-67
La estancia nueva -----	-73

AVENTURAS GROTESCAS

Arrabalera -----	-77
Máscaras -----	-81
Ferroviana -----	-85
Sexto -----	-89

TRILOGÍA CRISTIANA

El juicio de Dios -----	-93
Güelé -----	-99
San Antonio -----	-109

Facundo

Traspuestas las penurias del viaje, cayó al campamento una noche de invierno agudo.

Era un inconsciente de veinte años, proyecto tal vez de caudillo; impetuoso, sin temores e insolente, ante toda autoridad. De esos hombres nacían a diario en aquella época, encargados luego de eliminarse entre ellos, limpiando el campo a la ambición del más fuerte.

Apersonado al jefe, mostró la carta de presentación. Cambiaron cordiales recuerdos de amistad familiar y Quiroga recibió a su nuevo ayudante con hospitalidad de verdadero gaucho.

Concluida la cena, al ir y venir del asistente cebador, el mocito recordó cosas de su vivir ciudadano. Atropellos y bufonadas sangrientas, que aplaudía con meneos de cabeza el patilludo Tigre. Contó también cómo se llenaba de plata merced a su habilidad para trampear en el monte.

El Tigre pareció de pronto hostil:

—¡Jugará con sonsos!

Insolente, el mocito respondía:

—No siempre, general..., y pa probarle, le jugaría una partidita a trampa limpia.

Quiroga accedió.

Los naipes obedecían dóciles, y el Tigre perdía sin pillar falta. En su gloria, el joven, besaba de vez en cuando el gollete de un porrón medianero, y no olvidaba chiste, entre los lucidos fraseos de barajar.

Inesperadamente, Quiroga se puso en pie.

—Bueno amigo, me ha ganao todo.

Recién el mozo miró hacia el montón, escamoso, de pesos fuertes, que plateaba delante suyo.

El general se retiraba.

Entonces, un horrible terror desvencijó la audacia del ganador. Las leyendas brutales ensoberbecieron la estampa, hirsuta, del melnudo.

—¡General, le doy desquite!

—Vaya, amigo, vaya, que podría perder lo ganado y algo encima...

—No le hace, general; es justo que también usted talle.

—¿Se empeña?

—¿Cómo ha de ser?

Las mandíbulas le castañeteaban de miedo.

Quiroga arremangó la baraja, que chasqueó en sus dedos toscos.

—¡Bueno, mis estribos contra cien pesos!

Y mandó al asistente traer las prendas.

Facundo comenzó a recuperar; cuando igualaron pesos, sonrió diciendo al huésped:

—Bueno, amigo, a recoger, y hasta mañana.

Pero el mocito, queriendo apaciguar al que creía herido, había de cinchar hacia su desgracia. Balbuceó estúpidas excusas de terror.

Facundo volvió a sentarse, con esta advertencia:

—No culpe sino a su empeño lo que suceda... al hombre sonso la espina'el peje... voy a jugarle hasta lo último, ya que así quiere...

Si gana, ensille al amanecer, y no cruce más mi camino...; si pierde, ha de ser más de lo que usted cree.

—¿Y es, mi general?

—¡Bah!, cualquier cosa.

Volvió a fallar el naipe inconsciente.

Quiroga trampeaba con descaro ante la pasividad del contrario, que miraba, como al través del delirio, la figura irreal, agrandada de leyenda.

Cuando el último peso fue suyo, llamó al asistente, ordenándole con una seña explicativa:

—Llévelo a dormir al mocito... y que descanse mucho, ¿no?

El muchacho quiso arrojarse de rodillas e intentar súplicas, pero Quiroga, indiferente, juntaba las barajas, y el asistente era más fuerte.

